

Djaimilia Pereira de Almeida

Qué es ser una escritora negra hoy, según yo
Dos ensayos y una conversación

Traducción de María Jesús Fernández



LA UMBRÍA Y LA SOLANA

Qué es ser una escritora negra hoy, según yo

Companhia das Letras, 2023

Primera edición: septiembre de 2026

© Djaimilia Pereira de Almeida, 2023 de acuerdo con la Agencia Literaria Mertin Inh. Nicole Witt e. K., Frankfurt am Min, Alemania.

© Traducción del texto: María Jesús Fernández

© Cubierta: António Costa Pinheiro, Centro de Arte Moderna Gulbenkian, Lisboa

Edición © La Umbria y la Solana, 2026

c/ Pez Austral, 11

28007 Madrid

info@laumbriaylasolana.es

www.laumbriaylasolana.es

ISBN: 979-13-991733-2-1

Depósito legal: M-15900-2026

Coordinación editorial: Pilar Ramos Vicent, Feliciano Novoa Portela

Diseño: Raúl Areces

Impresión: Calprint Digital

Impreso en España - Printed in Spain

Bajo las sanciones establecidas por las leyes, quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro (incluyendo las fotocopias y la difusión a través de Internet) y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamo públicos.



REPÚBLICA
PORTUGUESA

CULTURA
DIREÇÃO-GERAL DO LIVRO, DOS ARQUIVOS E
DAS BIBLIOTECAS



CAMÕES
INSTITUTO
DA COOPERAÇÃO
E DA LINGUA
PORTUGAL

MINISTÉRIO DOS NEGÓCIOS ESTRANGEIROS

Para Humberto

Índice

Qué es ser una escritora negra hoy, según yo	11
Mi imaginación no se distingue de mi identidad	25
La restitución de la interioridad	45

Qué es ser una escritora negra hoy, según yo (2022)

1

Mi mayor privilegio inmerecido es haber nacido en 1982. No es haber tenido una educación, ni haber sido querida y protegida por mi familia. No es la vivienda, ni siquiera el acceso a la salud. La fecha de mi nacimiento es mi mayor privilegio. Mido cada palabra. Llego a nacer setenta años antes, y no habría lugar para estas líneas, o para cualquiera de mis libros. Si fuese una mujer negra de la generación de mi abuela, o incluso de la generación de mi madre, mi destino sería otro. Durante mucho tiempo, imaginé que escribía para no desperdiciar mi vida. No vivo de escribir, pero escribir es lo que soy. Moriría, si no pudiese hacerlo, y la vida sería una tortura si me lo impidiesen, o si no consiguiese encontrar quien me leyese. Si no pudiese escribir —mido cada palabra— sucumbiría a la tristeza y es muy probable que enloqueciese. Si hubiese nacido setenta, ochenta años antes, quizás tan solo cincuenta, y hubiese tenido la misma inclinación, mi destino habría sido, con suerte, la cocina, la escoba, el trabajo en el campo. Mi mayor privilegio es este tiempo, el mío. Nunca antes en la historia una mujer como yo habría podido aspirar a un destino semejante al que vivo. ¿A quién le iba a importar lo que pensaba, o imaginaba, lo que veía o sentía una negra? ¿A quién le iba a importar una negra a la que se le dan bien las palabras? ¿A quién le iba a importar de verdad una negra, en la época de mi abuela, de mi bisabuela, hasta de mi madre? Este es el peor de los tiempos. Es, también, el mejor de los tiempos.

¿Existe algo así como una escritora negra? ¿Seré yo algo así? ¿Es un deseo o una aberración? ¿Redención o regalo envenenado? Es imposible que me olvide, en cada libro, en cada línea, de que hace tan solo unas décadas mi modo de vida sería imposible. Lo particular de ser una escritora negra hoy es escribir con la consciencia de ese hecho, que no es aplicable a mis contemporáneas blancas. Si ellas fuesen pobres, en aquel tiempo, estarían igualmente apartadas de nuestro destino común. Pero no estarían apartadas de su destino como lo estaría yo. No tendrían prohibida la autoconsciencia del mismo modo. No se las consideraría, en sí mismas, algo ilícito, en el sentido en que yo sí lo sería. Vivo en el tiempo en que se dice “escritora negra”. Solo en este tiempo la vida que he inventado y me ha escogido puede ser mi vida. Solo en este tiempo puedo decir que, si yo fuese mi abuela, mi bisabuela, me asfixiaría en mis sueños inquietos, en mis pensamientos tortuosos. Si fuese mi tatarabuela, negra de pelo rizado y espeso, mi destino sería el látigo. Ser una escritora negra hoy, según yo, una mujer de este tiempo, es escribir contra este hecho, cargándolo a la espalda, sin que me estorbe. Es esforzarse, en cada página, por abrazar y merecer la alegría cósmica, arbitraria, de haber nacido quien soy justo ahora. Es en la página donde la responsabilidad que surge de esa alegría está en juego. La página es lo que no se me permitiría, si no hubiese nacido en 1982. Estar a la altura de mi responsabilidad es tener un lugar en la página. La página es lo que le estuvo vedado a mi abuela, a mi bisabuela, a mi madre, a las mujeres de mi vida.

A mi padre no le gustaba que yo dijese que era negra. Se le notaba incómodo, si me oía decirlo. Tal vez sintiese, pien-

so ahora, que al asumirme negra negase la parte de él que hay en mí, la parte blanca. Toda la vida trató el color de mi piel como un aspecto sin importancia, algo que no estaba a la vista y no representaba una diferencia entre nosotros dos. Me decía, “¿Negra? Eres tan negra como blanca”, queriendo cuestionar lo que les parecía obvio a todos, menos a él.

4

Fui a Portugal con mi padre de pequeña. Este hecho, el arrancar brutalmente la flor por la raíz, moldea y explica lo que soy, incluso aquello que no sé que soy. Durante algunos años, supuse que esta circunstancia era una condena que me privaría para siempre de la felicidad completa. Me acostumbré, entretanto, a la distancia, hice de ella mi fuerza. Hoy estoy lejos de llorar la *saudade* de mi madre y de mi tierra. Lejos de que esa *saudade* me martirice y me derrote. Pero me inclino hacia ella como quien indaga sobre una cosa concreta que lo explica todo y permanece, no obstante, misteriosa. Llevo en mí la esencia de ese misterio, por desconocer en qué medida me hizo quien soy, tanto como acarreo el misterio que es mi madre. Me pregunto, ahora que he perdido a mi padre, en quién se convertirá ella el día en que muera, ¿Cómo hacer el luto de esa distancia?, ¿cómo vivir después de que ella muera?, ¿cómo se hará?, ¿cómo se hace? El final de mi padre me aterra porque me hace pensar en el final de mi madre. Y la *saudade* me lanza a la más fría de las preguntas. ¿Qué habría sido la vida, si mi padre no me hubiese llevado de viaje?

5

Mi padre siempre trató el hecho de que yo fuera negra como un secreto que me escondía. Creo que, de ese modo, imaginaba que me protegía del racismo. “Si no le cuento que es negra, tal vez no se dé cuenta, tal vez nadie lo note”, parecía

pensar por extraño y absurdo que parezca. Crecí con otras mujeres, que me fueron enseñando a ser mujer. Pero con ninguna de esas mujeres blancas aprendí a ser una mujer negra en el mundo. No aprendí con ninguna de ellas a defenderme del mundo, como tiene que hacer una mujer negra.

6

Fue después de editar mi primer libro cuando el color de mi piel dejó de ser entre nosotros dos un tabú invisible. Descubría, por extraño que fuese, el mundo más allá de la puerta de casa, y en él, nuevo para mi padre, nadie parecía dudar de que yo era negra. Más allá de la puerta de casa, el secreto que mi padre había pensado que me estaba escondiendo era evidente para todos. Pareció resentido por ello. Le molestaba que me considerasen africana, que yo me considerase una escritora negra o que me vieses de ese modo. Quizás imaginase que alguien más me iba a ver como él me había visto hasta entonces, oscura y, en parte, medio blanca. Quizás nunca había entendido, solo supuesto, que fuera de casa, todo el mundo me había visto como lo que soy, siempre.

7

¿Qué será blanco en mí? La gota de mi padre se perdió en el vaso de mi madre. Él era la única persona del mundo para quien mi negritud representó una autonegación. Atrás quedaban años de amnesia y olvido. Criada en su casa, entre blancos, siempre fui la marimacho de quien los amigos chicos dicen ser *one of the guys*. Sé, como esa chica lo sabe, que la chica del grupo es, al mismo tiempo, compañera y foco de agresión disfrazada de deseo, disfrazada de indiferencia. Sé, como ella, que ser *one of the guys* es un calvario.

8

Me imagino volcando todo lo que siento, en letras grandes. La raíz de la sublimación es más el miedo que la cobardía. Regresa mi madre y su cosmovisión colonial, con la que crecí. Sus consejos para que yo y mi hermana nos casásemos con hombres blancos. Su malestar con el color de su propia piel. Cómo se reaccionó en mi casa cuando decidió vestirse únicamente con trajes africanos, con una condescendencia que la degradaba y la despreciaba. Mi naturaleza cerebral es menos un estilo, o un modo, o una forma de omisión, o de evasión, y más la reacción a una persecución, esa que la turba en mi cabeza lanza contra mi cuerpo y mis ideas cuando estas salen de mí y encuentran la calle.

9

Escribo perseguida. Como si, en la esquina, fuese de nuevo a aparecer el viejo señor guineano que me llamó puta en el metro, porque tenía un novio blanco. “¡So puta, has aprendido de tu madre!”. Ese señor deambula por mi página, por todas en las que escribo. Estas líneas, cualquiera de las líneas que escriba, van a paso ligero, embozadas, huyendo de él y de sus gritos.

10

Nunca le expliqué a mi padre lo que fui aprendiendo sobre ser una mujer con mi color de piel en Portugal. Nunca conté con él en esa marcha dolorosa. El racismo nunca fue tema que se tratase abiertamente en casa. Nunca le expliqué mi resentimiento por tratar mi piel como un secreto. Nunca le expliqué de qué manera aquel secreto enmarañó toda mi vida. Ni que, al no haber podido ser dentro de casa quien soy y ser tratada como tal, la máscara que me enseñaron a usar me hirió, autorizando el racismo dentro de casa. Siempre estuve entre blancos.

11

Cosas que decían los blancos en casa. “Los negros tienen un cerebro más pequeño que los blancos y, por esa razón, un coeficiente intelectual inferior. Está probado científicamente”. “Pero, ¿es que ahora las negras hacen telenovelas?”. Es la primera vez que soporto recordar estas cosas cuando escribo. Esas frases, por simples que fuesen, solían hacerme daño hasta el punto de que no soportaba pasarlas al papel. Algo habrá cambiado en mí, o ha sido solo que mi padre, a quien nunca se las oí, ha muerto.

12

Leo en una pared “No sentir rabia es un privilegio”. Nunca me enfadé con las personas que me hicieron daño. No es un privilegio. Es una forma de ser. En los sueños, los golpeo. O los insulto hasta que mi lengua se hincha, se hincha hasta que no me cabe en la boca.

13

Esta es mi heroína. Una *Mila*¹ rabiosa, cuya lengua es más grande que su cabeza, que su cuerpo. Una pequeña lengua gigante, monstruosa, lengua tornado, lengua portuguesa.

14

Puede parecer ingenuo imaginar que una madre negra me habría enseñado a vivir en mi piel Esa esperanza me produce ternura. Imagino que, si fuese yo madre de una niña o de un niño negro, les enseñaría desde pequeños a protegerse del mundo y de los otros. No tuve esa iniciación. Al escribir, me encontré con mi piel. Escribiendo, me comprendí a mí misma como negra. Traspasé el secreto y, por fin, encontré

¹Protagonista y narradora de la novela *Ese pelo* (2025) de Djaimilia Pereira de Almeida

mi propio ritmo. Si me niego a ser una escritora negra —si tal cosa significa un subgrupo exótico dentro de los escritores del mundo—, asumo con orgullo la noción de que soy una mujer negra que escribe. La escritura me ha proporcionado un lugar en mi piel. Es ella la madre negra que no he tenido. Son mis libros los que me defienden en el mundo. Soy una mujer negra en los libros. Ellos son mi defensa del mundo.

15

De tanto escribir, mi negritud se hizo palabra alejada de las cosas. Mi negritud es drama cerebral y no fiesta del barrio, no es sábado por la noche. Me volví negra en mi cuarto. Ser negra por introspección es destino de huérfana. Me compadezco de este destino que es, sin embargo, el mío. Tuve que rescatar el color de mi piel como quien rescata un navío hace mucho enterrado. Conquistar el modo de decir la negra que soy casi a punto de que me venciera. Soy hoy una mujer negra que escribe, alguien que, escribiendo, escribe lo que es, quiero decir. Escribo lo que soy y ser negra es esencial en ello. He tenido que vérmelas con la página abierta para comprender que, por más que diga o que haga, por más que mi padre lo desease, el mundo que veo y el modo como el mundo me ve, determinan lo que imagino.

16

Camino por la calle y soy una mujer negra a cada paso que doy. Soy una mujer negra cuando tengo miedo de caminar agarrada de la mano de mi marido blanco en una calle cualquiera de Europa, donde tantas veces nos miraron de reojo, o nos insultaron. Soy una mujer negra en mi barrio, sea el que sea. En el edificio donde vivo. En mi *freguesia*. En mi municipio. En el hospital. En el banco. En el tren. En el metro. En el autobús. En la tasca. En el restaurante de lujo. Soy

una mujer negra mientras paso por el control de seguridad aduanero de cualquier aeropuerto. Soy una mujer negra cuando me invitan para cubrir cuotas. O cuando, si rechazo invitaciones, invitan a otra mujer negra en mi lugar. Somos, esa mujer y yo, mujeres negras en un esquema que ha reservado para nosotras solo un lugar en una geometría.

17

¿Cómo dinamitar el sistema y pervertirlo, si no es rechazando ser la mujer negra que esperan que sea? ¿Cómo lograrlo, si no es siendo la mujer negra que me apetece, hacer de mi piel mi secreto, tratarme como mi padre me trataba, olvidarme de mí, esquivarme, o ir de frente contra la roca, de frente contra el muro, hacerme daño en la cara, partirme la cabeza, si por casualidad fuera eso lo que me apeteciera, o engañar a quien cree haber entendido lo que yo soy?

18

No sé si la piel es un hecho o si ese hecho nos enseña algo grandioso. Sé que, incluso habiendo llegado tarde a mi piel, ella es el canal por el cual hablo y soy en el mundo y en las cosas. Primer contacto con el viento, con la atmósfera, con la temperatura, mi piel me individualiza y me lanza al mundo. Puede engañarme una vida entera, como mi padre se quiso engañar a sí mismo, pero yo no puedo desear engañarla.

19

Mi piel puede mentirme. Yo no puedo mentir a mi piel. Mi piel puede ser sorda. Yo no consigo no responderle. Escribo a través de ella, está en todo lo que digo, por muy sublimado que sea. Pienso a través de ella, lo que no convierte mis pensamientos en negros. Los convierte en míos. Pensamientos de mujer que escribe en mi nombre.